

Asesinato

en La Estrella

Daniel Carazo Sebastián

Asesinato
en La Estrella

Los libros de Lola

© Daniel Carazo Sebastián

©Petit Camagroc, S.L.U.
Calle Doctor Trueta, 19, entresuelo 2ª
08860 Castelldefels (Barcelona)

©Diseño gráfico: underthecoconut
(info@underthecoconut.com)

©Fotografía de portada: Daniel Carazo Sebastián

—

Primera edición: noviembre de 2019

Depósito legal: B-24247-2019

ISBN: 978-84-948140-5-1

Toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase al editor si necesita fotocopiar o digitalizar algún fragmento de esta obra.

www.loslibrosdelola.es

El papel de este libro proviene de bosques gestionados de manera sostenible.

Impreso en Ulzama Digital, S.L.

A Beatriz, mi mujer.

I

*H*ola, lector, me presento: mi nombre es Gabino Pentecostés y soy narrador profesional. A mí más me gustaría decir que «soy cronista o relator», pero quien me ha pedido que te cuente esta historia prefiere que me presente así: narrador, y debo hacerle caso.

¿Te habías planteado alguna vez mi existencia? Permíteme dudarlo, somos los grandes inadvertidos. Estamos a tu lado, trabajamos para que puedas disfrutar de las historias, te acompañamos y guiamos durante esos momentos en los que decides viajar a través de un libro... y, seguramente, nunca te has parado a pensar en que existimos. Ese es nuestro gran inconveniente. Todos nos conocéis sin ser conscientes de ello. La fama y el mérito siempre es para quien escribe, nunca para quien narra. No te preocupes por ello, ya estamos acostumbrados y, además, hoy puedo dedicar estas líneas a presentarme antes de iniciar la narración. El autor me ha dado permiso para ello, y no pienso desaprovechar tal oportunidad.

Entiendo que eres una persona aficionada a la lectura, que habrás leído bastantes libros y que cada uno de ellos te habrá hecho disfrutar de una historia diferente. Con cada uno de ellos habrás gozado más o menos. Te habrán emocionado, te habrán decepcionado, te habrán hecho sufrir, te habrán quitado el sueño, o te lo habrán facilitado. Da igual, cada uno, dentro de su género literario, tiene un objetivo que puede haber cumplido, o no; algo que tampoco es relevante para lo que te quiero hacer ver.

Por supuesto, sí tienes claro que cada historia contenida en un libro ha sido redactada por un escritor; y, cuando haces el balance al final tras la lectura, a quien juzgas es a esa persona: al autor. Puede ser para bien o para mal —eso vuelve a ser irrelevante— pero solo lo recordarás a él.

¿Alguna vez te has planteado que no es el escritor quien cuenta esa historia? Ellos, los escritores, solo escriben. Pero, para culminar su trabajo y llegar a vosotros, lectores, tienen que usarnos a nosotros: los narradores profesionales, quienes de verdad sabemos relatar lo que ellos han escrito.

En nuestro gremio tenemos especialidades. Están los que se ponen en la piel del protagonista y narran todo en primera persona, los que se hacen omniscientes y hablan con un conocimiento total de la situación, los que interpretan toda la historia desde el punto de vista de un personaje secundario... también podemos trabajar como una pareja o como un grupo. Podemos acoplarnos a cada uno de los diferentes personajes estableciendo diferentes perspectivas a la vez, o incluso situarnos en momentos temporales diferentes... Cualquier situación que se le ocurra al escritor, la hacemos posible; nos adaptamos a lo que nos pida, seguimos sus órdenes y hacemos nuestro trabajo. Y siempre con un objetivo claro: cuanto menos se note nuestra presencia, mejor.

Tú, lector, no tienes por qué saber de nosotros, tú solo tienes que recibir la historia como nos pide el autor que te la hagamos llegar. Si efectivamente hasta ahora no te habías dado cuenta de que existimos es porque hemos realizado bien nuestro trabajo. Cuando nos equivocamos, mezclamos tiempos, nos salimos del personaje que nos han asignado o cometemos cualquier otro fallo, entonces convertimos la historia en un fracaso. Tu sensación cuando hayas terminado de leerla será mala; quizá no sepas por qué, pero será así.

Seguro que ahora, después de haber leído esto, estarás entendiendo por qué te digo que, para bien o para mal, al final de leer un libro a quien se le atribuye el éxito —o el fracaso— es al escritor. A nosotros, los narradores, nada. Al no estar reconocidos, no se nos dedica ningún comentario; a pesar de que, como creo que también estarás entendiendo, somos imprescindibles para que el escritor llegue a ti. Por eso, cada vez más, reclamamos ser parte visible del proceso, atribuirnos la parte de ese éxito —o de ese fracaso— que justamente nos corresponde. Aprovecho esta presentación para ello.

Por supuesto que, dentro de mi profesión, como en todas, los hay mejores y peores, con más o con menos virtud para narrar y con más o menos experiencia acumulada; y eso, como en todas las profesiones también, es lo que hace que nos llamen unos escritores u otros, que trabajemos con los grandes o que tengamos que empezar con los noveles. En ese aspecto, poco nos diferenciamos de cualquier otro profesional. Cuando nos iniciamos en la narración, lo hacemos siempre con mucha ilusión, poco conocimiento y muchas dificultades. Progresivamente vamos acumulando

do libros, nos promocionamos personalmente, ascendemos, nos vamos dando a conocer entre los autores y vamos adquiriendo mayor caché profesional. Nada diferente, de nuevo, a cualquier otro trabajo.

Mi caso en concreto no se diferencia mucho al de otros compañeros. Empecé a narrar muy joven y casi por casualidad. Como muchos otros, yo quería ser escritor. Empecé con varios relatos y pequeñas novelas, aunque la verdad es que creo que no se me daba muy bien. Ya entenderás que para dar a conocer mis historias tuve que contactar con narradores que quisieran relatarlas. Trabajé con bastantes, pero nunca me quedaba satisfecho: no llegaban a transmitir lo que yo sentía al escribir, continuamente les intentaba explicar mi manera de entender su profesión. Siempre con el fin de que me comprendieran, les hacía narraciones de mis propios escritos; ellos intentaban hacerlo como yo les pedía, pero nunca daba su trabajo por bueno, y se cansaban de mí. Así estuve durante un tiempo, hasta que uno de ellos me echó en cara que, si tan bien se me daba, me dedicara yo a narrar historias, y esa fue la clave de mi conversión: le hice caso. Empecé a relatar mis propias historias, mi manera de hacerlo gustaba y, lógicamente, con el tiempo me fueron conociendo otros escritores que me pedían que trabajara para ellos. Poco a poco me hice un nombre dentro de la profesión. Desde entonces he trabajado mucho y me enorgullezco de ser actualmente uno de los mejores. Está mal que sea yo quien lo diga, pero es así; Gabino Pentecostés es un nombre muy reconocido dentro de los narradores profesionales.

He relatado muchos libros que has leído. Estoy seguro de ello, aunque mi responsabilidad profesional me impide darte ejemplos. Mi cartera de clientes te sorprendería, y la lista de éxitos que he hecho realidad también. Trabajo con los más afamados escritores de habla castellana, y muchos de ellos me esperan para lanzar sus novelas... Y, hasta ahora, todo esto tú no lo sabías, es imposible; de hecho, ni sabías que existo.

Llegados a este punto de mi vida —y de mi profesión— en el que tengo las necesidades básicas más que cubiertas y que, gracias a mi experiencia, puedo seleccionar con quien trabajo, me encuentro en un momento en el que solo estoy aceptando relatar proyectos que me aporten algo a nivel personal. Cada vez soy más exigente con los escritores que se dirigen a

mí. Por eso me sorprendió tanto recibir la propuesta de esta historia que tienes en tus manos, y aún más me sorprendí yo mismo al aceptarla.

Fue un día de invierno cuando un escritor novel, a través de un colega, consiguió hablar conmigo y presentarme su proyecto. Al principio no le hice mucho caso, le escuché por educación y maldiciendo al compañero que le había traído. Me presentó su segunda novela, bastante más trabajada que la primera —me dijo— y, sobre todo, con mucha ilusión y mucho esfuerzo detrás. No me pareció nada diferente a muchas otras que había rechazado previamente hasta que me habló de mí. Eso fue lo que me enganchó. Me dijo que nuestra figura, la de los narradores profesionales, era la gran infravalorada del sector literario; me supo decir lo que yo quería oír y me ofreció la posibilidad de presentarme en un primer capítulo antes de empezar la narración. Hasta ese momento, nunca me lo había planteado: yo, Gabino Pentecostés, tan valorado y tan desconocido, tenía la opción de hablar de mí mismo a los lectores. ¡Eso sí que me aportaba algo a nivel personal! Por eso tardé poco en decirle que sí, que iba a trabajar para él narrando su modesta novela. Y aquí me tienes.

Ahora ya me has conocido y sabes mi nombre. Como no sé si en un futuro tendré otra ocasión como esta para comunicarme contigo, quiero agradecer enormemente esta oportunidad al autor, Daniel Carazo, y le deseo lo mejor en su complicada andadura como escritor. Él ha sabido ver que todos tenemos nuestro ego y que nos gusta el reconocimiento público de nuestra labor.

Hasta aquí intervengo, lector, no te aburro más; a partir de ahora desaparezo y hago mi trabajo. Te seguiré hablando para narrarte la historia que has decidido leer; al fin y al cabo, es lo que me gusta y sé hacer bien. Espero no defraudarte. Creo que no volveremos a comunicarnos, al menos hasta el final del libro. Si el autor me vuelve a dar otra oportunidad de aparecer, no dudes que te lo haré saber.

Disfruta de este libro y de mi narración.

Gabino Pentecostés
NARRADOR PROFESIONAL

II

Patricia llega temprano a La Forastera, la casa rural que regenta desde hace un tiempo. Como todos los lunes, tras un fin de semana en el que afortunadamente la ha tenido alquilada, toca recoger y dejarla lista para los siguientes huéspedes, que espera no tarden mucho en aparecer porque el negocio lo necesita. Aparca en la puerta y se dispone a entrar, pero ni se imagina que ese lunes no va a ser como los demás, lo que se va a encontrar dentro alterará por completo la rutina de sus próximos días.

Es propietaria de la casa rural desde hace casi dos años; en concreto, desde que terminó la aventura de un matrimonio abocado al fracaso desde su inicio. Se casó muy joven. Era la pretendiente ideal en el laboratorio donde, recién licenciada, empezó a trabajar. Como no podía ser de otra manera, su jefe se fijó en ella y no la dejó escapar, la abrumó con carísimos regalos, viajes de lujo y miles de atenciones. Ella se dejó engatusar. Una vez unidos, ella lo dio todo: dejó su trabajo y siguió a su flamante marido por todos los destinos laborales a los que este accedía. Mientras ella se estancaba profesionalmente, él se promocionaba cada vez más. Pero el tiempo pasó, los hijos no llegaron y su cuerpo, aunque seguía luciendo la misma figura envidiable, perdió la frescura de los 23 años. Fue entonces cuando tomó consciencia de la falta de amor en su hogar. Su marido se había cansado, y se fue con una becaria diez años menor que ella. ¡Cabrón! Creyó morir, dependía por completo de él, no tenía recursos económicos propios y la falta de hijos la dejaba sin pensión. Pensó que no iba a ser capaz de rehacer su vida, ya tenía una edad y aquel golpe anímico era muy fuerte. Tras varias visitas al psicólogo —financiadas por una buena amiga— se dio cuenta de que era mejor haber terminado con esa farsa. Si no la quería, mejor cada uno por su lado; sobre todo, si no tenían esos hijos que les habrían obligado a seguir viéndose. Al fin, decidió huir de Madrid, tenía que dejar esa vida gris en la que había acabado inmersa dentro de aquella ciudad

también gris. Había llegado el momento de replantearse su vida, y todavía estaba a tiempo.

La oportunidad de montar una casa rural surgió casi por casualidad. A través de otra amiga, que trabajaba en la Consejería de Cultura de Castilla-La Mancha, le llegó la convocatoria de unas subvenciones para abrir ese tipo de establecimientos en esa comunidad autónoma. Ella nunca se había dedicado a nada parecido, pero su precaria situación económica, la disponibilidad para cambiar de residencia y su estatus de divorciada favorecieron mucho su acceso a dichas ayudas. Consiguió una. Las condiciones que aceptó la obligaban a abrir un alojamiento turístico rural, ya fuera nuevo o un traspaso, en cualquier pueblo de Castilla-La Mancha, y mantenerlo en funcionamiento durante un mínimo de cinco años.

Empezó a viajar por la zona donde debía instalarse, hizo una selección de los posibles pueblos y decidió, por su cercanía a la capital y por ser un destino tan turístico, hacerlo en la provincia de Toledo, aunque no acababa de encontrar la casa ideal. Las que le gustaban eran muy caras para sus recién adquiridos recursos, y el resto no cumplían sus expectativas para dedicar tanto esfuerzo en ellas. En su empeño fue visitando pueblos cada vez más pequeños hasta que, en uno de esos viajes, llegó a uno que la enamoró solo por su nombre: La Estrella de la Jara. Tres o cuatro visitas más la convencieron de que ese era su destino final, y reforzó su decisión el hecho de que allí, por fin, encontró en venta una casa vieja que era perfecta para acondicionarla como alojamiento rural. Pensó que era una buena oportunidad. La gente del lugar había sido muy acogedora con ella, y la casa en sí le había encantado. Es verdad que iba a tener que destinar más recursos de los deseados para reformarla y modernizarla un poco, lo que le iba a vaciar los bolsillos, pero confiaba en que merecía la pena. Sí que tenía muy clara una cosa: bautizaría a su establecimiento igual que la llamaban a ella por las calles del pueblo, La Forastera.

Pasó el tiempo y, tras muchas dificultades, consiguió poner en marcha la casa rural. Los primeros meses de trabajo, como era de esperar, fueron muy duros; los gastos superaban con creces a los ingresos, el

pueblo no era muy conocido y costaba llevar hasta allí a los potenciales clientes. Con perseverancia, un buen trabajo en redes sociales y muy buena atención a los que se la alquilaban, consiguió despegar y que el boca a boca fuera su mejor publicidad.

También le ayudó a aguantar esos primeros meses el volver a vivir con un hombre; algo que no entraba en sus planes, pero Mario apareció y se quedó en su vida. Él no era del pueblo, venía de Talavera de la Reina, donde había estado contratado durante un tiempo, pero se quedó a vivir en La Estrella porque era una buena zona de caza. Cuando la conoció estaba sin trabajo y se ofreció para ayudarla con la reforma de la casa. Al terminar siguió con la decoración, y ahora le ayuda con la gestión y el mantenimiento, aunque cada vez menos. Ella tiene claro que el negocio es suyo, y no piensa cometer el mismo error que la llevó hasta allí. Actualmente viven juntos en el pueblo, se hacen compañía y se quieren; con eso les basta, ninguno de los dos busca más pasión. Ella se dedica a la casa rural, y él va trabajando por aquí y por allá, donde le sale algo, tampoco necesita más.

La Forastera es ahora un negocio estable que le permite vivir con cierta solvencia. La gente de La Estrella la ha aceptado por completo, y se siente una vecina más. Cuando necesita escapar a la ciudad, cierra las reservas y pasa unos días en Madrid, los suficientes para acordarse de lo que la expulsó de allí y querer volver al pueblo.

Suele alquilarla los fines de semana, casi siempre de viernes a domingo, y en contadas ocasiones consigue que alguna empresa organice allí unas jornadas entre semana. Lo normal es que reciba a los inquilinos el viernes por la tarde: les enseña la casa, explica su funcionamiento respecto a luz, calefacción, agua y todo eso, presenta la zona y las actividades que pueden hacer por allí, les deja las llaves y, si no tienen ningún problema, deja cobrado el importe del alquiler para que el domingo se vayan cuando quieran dejando la puerta cerrada y las llaves dentro. Ella vuelve el lunes, se asegura de que esté todo en orden y, normalmente, aprovecha ese día para limpiar y dejarla lista para los siguientes clientes.

Esa mañana, como otros tantos lunes, Patricia abre la puerta de La Forastera, despreocupada, pensando en las ganas que tiene de que lle-

que la primavera con su buen tiempo y la temporada alta de alquiler. De manera automática echa la mano al colgante de la pared donde tenían que haberle dejado las llaves, pero no las encuentra. Mira también en la mesita de la entrada y en sus cajones, no están. Busca por el suelo, por si acaso, y tampoco las ve. Internamente se sorprende y se enfada. No es la primera vez que ese huésped, un tal Rodrigo Estébanez, ha estado alquilado allí, y nunca ha tenido un contratiempo con él; siempre ha sido un hombre muy formal en todos los trámites, excepto en la manera de realizar las reservas. Habitualmente, contacta con ella por teléfono unos días antes, le alquila la casa completa pidiendo discreción absoluta en su llegada, durante su estancia y hasta su salida. Aunque ella jamás ha llegado a verlo, nunca le ha dado ningún problema. Siempre paga por adelantado con un ingreso bancario realizado por ventanilla y en efectivo, jamás solicita factura y le pide que le mande las llaves a un apartado postal de Talavera. Patricia sospecha que es alguien que quiere mantener en secreto alguna relación y que usa la casa como nido de amor; de hecho, cuando está allí, jamás sale de la casa. Patricia no sabe cómo lo consigue, pero nadie le ve llegar ni salir, seguramente lo haga de madrugada. A ella, eso siempre le ha dado igual; los vecinos deben de pensar que esos fines de semana la casa está vacía, nunca le han hecho ningún comentario sobre el misterioso huésped, y a ella le interesa ese alquiler, ya que se está convirtiendo en un cliente habitual. Si por lo que sea esta vez se ha olvidado de dejar las llaves en su sitio, le va a ser difícil localizarlo, lo que supondrá tener que cambiar todas las cerraduras, con el gasto extra que eso genera.

Anda pensando en eso cuando percibe algo. No sabe muy bien qué pasa, pero empieza a intuir que la casa no está vacía. ¿Se habrán quedado dormidos? Decide a hacerse notar antes de encontrarse con alguna situación comprometedora.

—¡Hola!... ¡Soy Patricia!... ¿Están aquí?

Silencio.

—¡Hola! —chilla más alto—, ¿señor Estébanez?

Silencio de nuevo. Nadie contesta, pero sigue habiendo algo que, sin saber qué es, no la deja tranquila. Patricia empieza a ponerse nerviosa.

Cuando eso le pasa, le tiembla ligeramente el pulso. En realidad es muy miedosa y, aunque nunca le ha pasado nada con ningún cliente, siempre ha tenido el temor de que estando ella sola alguno le pueda hacer algo.

Cierra tras de sí la puerta de entrada y la casa se queda en penumbra, avanza casi a tientas por el salón hasta el ventanal del fondo que tiene la persiana prácticamente bajada, la sube bruscamente, haciendo más ruido de lo normal, para que entre luz y, si hay alguien en el piso superior, la puedan escuchar. El sol irrumpe en la sala dejándole ver claramente que, al menos allí, no hay nadie; todo está ordenado y limpio, la única señal de que la casa ha sido habitada el fin de semana son las ascuas todavía templadas de la chimenea. Se gira para mirar a su alrededor. En esa planta, además del salón, hay una cocina, un cuarto que usan como almacén para guardar productos de limpieza, sábanas, mantas, herramientas y cosas así, y un pequeño aseo. Controlando sus nervios entra en la cocina y lo encuentra todo perfecto: recogida y limpia, incluso con la vajilla fregada en el escurridor. El cuarto destinado a almacén está cerrado, cosa que no le extraña porque los huéspedes no suelen acceder a él. Lo abre por si acaso, y en su interior todo está como ella misma lo dejó la última vez que estuvo allí. Finalmente, accede al aseo que —situado al otro lado de la puerta de entrada— no se usa normalmente, la puerta está cerrada, y Patricia no puede evitar llamar antes de abrirla.

—Señor Estébanez, ¿está aquí?

Silencio una vez más. Patricia entra y vuelve a encontrárselo todo en perfecto estado. Lo deja nuevamente cerrado y se queda un minuto allí de pie. No le queda más remedio que subir a la planta de arriba. Cuatro dormitorios y otro cuarto de baño esperan su inspección. Coge aire en el rellano de la escalera, sigue sin saber por qué pero le da miedo subir. Al temblor de manos, que no desaparece, se le une una respiración más agitada de lo normal. Sube los dos primeros tramos de las escaleras y se vuelve a parar, mira hacia arriba y escucha ese indescifrable silencio que lo invade todo; no consigue calmarse, todo lo contrario, cada vez está más nerviosa. Sin ánimo de esperar respuesta vuelve a preguntar, como si el haber subido hasta allí hiciera llegar mejor su voz.

—¡Hola!... ¿señor?, ¿señora?... ¡Soy Patricia!

Se queda quieta esperando respuesta, desde donde está llega a ver las puertas de tres de los primeros dormitorios, están abiertas y el interior oscuro, son las habitaciones menos lujosas de la casa, normalmente se destinan para los hijos cuando viene alguna familia. Sube muy despacio el resto de la escalera para alcanzar con la vista la entrada del dormitorio principal y del cuarto de baño común a esas habitaciones, ambos cerrados. Revisa las primeras estancias, las recorre rápido porque sabe que no va a encontrar nada raro, va entrando en ellas, sube las persianas y a pesar del frío exterior abre las ventanas; es una rutina habitual de los lunes que esta vez le está sirviendo para retrasar lo inevitable: entrar al dormitorio donde está segura de que hay algo diferente al vacío habitual. Vuelve al pequeño distribuidor y se enfrenta a las habitaciones cerradas. Ya ni pregunta si hay alguien, la habrían oído antes. Despacio se decide a abrir primero el cuarto de baño —está oscuro ya que no tiene ventana—, asoma la cabeza, consigue atinar el interruptor de la luz y lo pulsa, lo encuentra vacío y recogido, como si no se hubiera usado en todo el fin de semana; vuelve a dejarlo a oscuras y cierra la puerta. Ya solo le queda el dormitorio principal, la habitación mejor preparada de la casa y la que usan las parejas cuando vienen solas. Respira hondo, sacude hacia abajo las manos, todavía temblorosas y heladas, cierra un momento los ojos y abre despacio la puerta. Le sorprende que la habitación esté totalmente a oscuras, quizá demasiado templada para estar vacía. De repente, le inunda un fuerte olor y se tapa la nariz, no sabe a qué huele, es como un óxido; intenta sin éxito encender la luz porque el interruptor de al lado de la puerta no funciona — «otra reparación», piensa de manera mecánica—, si quiere ver algo, no le queda otra que acercarse a la ventana y subir la persiana. Cuando va a hacerlo se resbala y cae bruscamente, el suelo está pringoso, se apoya con las manos intentando levantarse y nota algo espeso y pegajoso, se pone cada vez más nerviosa; al fin consigue llegar a su objetivo y, cuando deja entrar la luz del sol, lo primero que ve es su propia mano manchada de sangre. Se gira y, ya presa del pánico, lo entiende todo. Ha resbalado sobre un charco de sangre espesa que cubre

el suelo, sangre que ha goteado desde la cama donde sigue tumbado un hombre: pálido, inmóvil, con sus inertes ojos fijos en ella y con una gran herida en el cuello, casi separando la cabeza del resto del cuerpo.

Patricia solo acierta a gritar como no lo había hecho nunca y sale corriendo de la estancia.